



CINCO HISTORIAS PARA SLAVIN

Ramón Riera

IARPP-España, Barcelona

Cuando nos expulsaron del paraíso tuvimos que aprender a construir historias para sobrevivir. Dicho de otra forma: cuando nuestro cerebro adquirió la capacidad de anticipar el futuro, la vida se nos complicó tanto que no nos quedó otro remedio que aprender a construir historias para ordenar nuestras emociones y pensamientos. A continuación os contaré cinco historias que la presentación de Slavin me ha evocado. Son historias que me han ayudado a adentrarme en las profundidades de un trabajo tan complejo como el que acabamos de escuchar. Espero que os sean útiles.

Palabras clave: Perspectiva evolucionista-existencial, empatía, reconocimiento, pérdida primera, arte, emoción, Psicoterapia Relacional.

Once expelled from Eden, we had to learn to construct stories to survive. In other words: when our brain became able to foresee the future, life became so complicated that we had no choice other than to construct stories to put our emotions and thoughts into order. I'm going to tell you five stories that Slavin's presentation has inspired in me. They are stories that have helped me go into the depths of a complex paper, such is the one we have just heard. I hope you will find them useful.

Key Words: Evolutionary-existential perspective, empathy, recognition, original loss, art, emotion, Relational Psychotherapy.

English Title: Five stories to Slavin.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Riera, R. (2015). Cinco historias para Slavin. *Clínica e Investigación Relacional*, 9 (3): 627-636. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

PRIMERA HISTORIA. La saga de Ximpa

Ximpa fue un chimpancé macho que vivió hace 6 millones de años. Ximpa es el tatarabuelo de todos nosotros, pero es también el tatarabuelo de los chimpancés que habitan en el zoo de nuestra ciudad. Cuando Ximpa se convirtió en el macho alfa de su grupo, mató a las crías que lógicamente eran la descendencia del macho alfa anterior. Lo hizo empujado por un impulso biológico codificado en su ADN. Todos los machos alfa de los bosques de alrededor lo hacían. Y todos los machos alfa de las reservas africanas actuales lo siguen haciendo.

Darwin nos diría que la selección natural había escogido esta manera de reaccionar para favorecer que se propagara el propio ADN de Ximpa y no el del macho alfa anterior. Obviamente nuestro tatarabuelo estaba muy lejos (unos 6 millones de años) de poder construir este sentido.

Ahora haremos un salto de 6 millones de años y os explicaré la historia de uno de los descendientes de Ximpa que vive en la época actual. Su nombre es Sapiens1. Se trata de un hombre que ha crecido en un entorno disfuncional de un suburbio de una gran ciudad. En la adolescencia se sumerge en el mundo de las drogas y la delincuencia. Después de pasar por varios centros de los servicios sociales empieza a vivir con una mujer, madre soltera, que tiene un bebé de meses. Una noche el bebé no para de llorar y Sapiens1 siente un impulso irrefrenable: se levanta de la cama, coge su almohada y la aplasta en la cara del bebé. El bebé muere ahogado. Después de 6 millones de años Sapiens1 repite el mismo comportamiento que su tatarabuelo Ximpa.

SEGUNDA HISTORIA. Contada por Hoffman

Nos cuenta Irwin Hoffman (1998, página 240) que de la misma manera que los pájaros tuvieron que aprender a construir nidos para asegurar así el desarrollo de sus polluelos, los humanos, a lo largo de nuestra historia evolutiva, hemos tenido que aprender a insuflar en la mente-cuerpo de nuestros hijos el sentimiento de ser valiosos y de que la vida vale la pena de

ser vivida. Y lo tenemos que hacer antes de que nuestros pequeños adquieran la capacidad de pensar que la vida es también un camino hacia la muerte. Para ello nos hemos reunido en grupos, en familias, en comunidades, en culturas. Final de la historia.

La construcción de sentidos

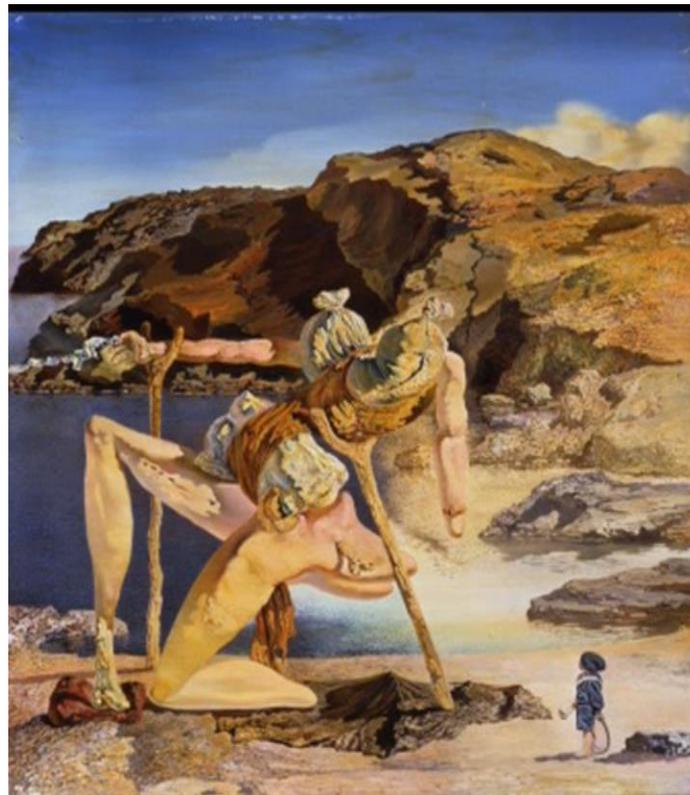
Sapiens1, al nacer, no encontró un nido relacional (de familias, grupos y culturas) que le ayudara a construir sentidos que le fueran útiles para adaptarse a las situaciones que el futuro le depararía. Así, cuando se encontró con el llanto del bebé de su compañera, el único sentido que pudo dar a aquella situación fue que aquel llanto era totalmente insoportable. Y mató al bebé, tal como había hecho su tatarabuelo Ximpa. Hoy en día sabemos que la mayoría de infanticidios son a manos de hombres que no son el padre biológico de la víctima. Sapiens1 creció en un entorno de apegos desorganizados que no le permitió construir sentidos más complejos. Por tanto sólo disponía del sentido que le brindaba su biología, una biología parecida a la de su tatarabuelo Ximpa. [Si dispusiéramos de más tiempo os podría contar otras tantas historias de Sapiens2, Sapiens3, Sapiens4 etc., que rodeados por entornos relacionales menos desfavorables pudieron reaccionar de forma muy distinta ante el llanto del bebé de su pareja]

Parece ser que los niños cuando alcanzan los 8 años pueden empezar a tener conciencia de la muerte. Por ello, siguiendo a Hoffman, podemos pensar que antes que nuestros hijos lleguen a los 8 años y puedan pensar que la vida es también el camino hacia la muerte, debemos haber insuflado ya en ellos la convicción emocional de que la vida vale la pena. Cuando nuestros antepasados se reunían en cuevas, creaban mundos de músicas, de pinturas, de luces trémulas de antorchas... y de religiones que prometían que sus dioses garantizaban éxitos en sus cacerías, y lo más importante, que había vida después de la muerte. Y los padres llevaban a sus pequeños a estos encuentros de la cueva. Y estos, desde muy pequeños, se impregnaban de aquellas músicas, de aquellas formas y colores, de aquellas luces... y sumergidos en este mundo de emociones y creencias, sentían que formaban parte de un grupo en el que todos sentían las mismas convicciones emocionales

que ellos sentían. La conexión con los demás a través del arte, como nos ha contado Slavin, para reencontrar la conexión que perdimos con la naturaleza.

A continuación os contaré la historia de un niño que llegó a los 8 años sin haber podido construir el sentido de que la vida vale la pena, es decir sin haber adquirido la convicción emocional que la vida es más una fuente de oportunidades que de amenazas. Y con esta indefensión, las pequeñas amenazas de la vida cotidiana de aquel niño se convirtieron en graves amenazas de aniquilación y de muerte. Por ejemplo, cada vez que le sacaban la blusa de marinerito por la cabeza sentía la terrorífica convicción emocional de que iba a morir ahogado. Pero este niño dispuso de un recurso al que nuestro amigo Sapiens1 no tuvo acceso: la creación de sentido a través del arte.

Este niño se llamaba Salvador Dalí. Y aquí tenemos como se pintaba con aquella blusa de marinerito que tanto le había aterrorizado de pequeño.



Dalí nació justo 9 meses después de la muerte de su hermano. Al nacer le pusieron Salvador, el nombre del hermano muerto. Hasta los 50 años Dalí no empezó a sospechar la influencia que tuvo en su vida haber nacido en una familia que había quedado emocionalmente devastada por la muerte de su hermano. Pero tal como veremos en la historia que os voy a contar a continuación, Dalí utilizó desde muy joven su talento artístico para ordenar y plasmar estas experiencias (aunque sin la participación del pensamiento verbal-reflexivo).

TERCERA HISTORIA. La historia de Salvador Dalí

A los 12 años, el pequeño Salvador se quedó aterrorizado al contemplar una reproducción del cuadro “El Ángelus” de Millet (Dalí, 1963).



Por extraño que nos pueda parecer, la imagen aparentemente idílica de aquella pareja de campesinos rezando el ángelus obsesionó a Dalí. De noche sufría terribles pesadillas con los personajes del sueño, y de día no podía parar de pensar en todo ello con angustia. Aquella obsesión, o dicho de otra forma, aquella necesidad de entender qué significaba para él

aquella escena del cuadro, lo iba a perseguir el resto de su vida. Pintó decenas y decenas de versiones de aquel cuadro. En cada intento, en cada nueva versión que pintaba, Dalí se sumergía en las vivencias que la observación de aquella pintura le había generado de pequeño, las ordenaba y las plasmaba en la tela. Algo muy parecido a lo que hacemos en cada sesión de psicoterapia, cuando nos sumergimos en las emociones de nuestro pasado e intentamos plasmarlas en palabras. Nos detendremos en una de estas versiones, titulada “Reminiscencia arqueológica del Ángelus de Millet”.



Quizá Dalí empezó pintando las dos figuras minúsculas que a mi modo de ver son los protagonistas del cuadro: los dos únicos seres humanos del cuadro, un padre y un niño observando el mundo misterioso que les rodea. El padre (en duelo, véase la cinta negra en su brazo) le muestra a su pequeño dos figuras arquitectónicas gigantescas que se deterioran. Podrían ser dos figuras humanas que habían sido grandes y poderosas pero que en la actualidad se han deteriorado y convertido en ruinas. Cuando de niño vio el cuadro del Ángelus por primera vez, el pequeño Salvador solo pudo sentir terror. Ahora, mientras Dalí pinta lo que entonces vio, van apareciendo nuevas emociones que en aquel primer momento habían quedado tapadas por el terror que todo lo llenaba. Dalí, con un pincel en la mano, es capaz de no bloquearse por el miedo, y puede así empezar a pintar otras emociones que

también había visto, sin saberlo, en el cuadro de Millet. Para Dalí, el pincel hizo la labor del terapeuta que acompaña. Y al revivir aquellas emociones, aparece un niño muy pequeño ante la soledad de un paisaje lunar iluminado por una luz misteriosa, un paisaje que le asusta pero que también le atrae. Y aparece la fascinación por unos personajes que habían sido todopoderosos en el pasado, pero aparece también una profunda tristeza por su actual deterioro. Mientras pinta, Dalí ha convertido la historia de una familia de campesinos rezando el Ángelus en la historia de un niño que admira la grandeza que sus padres habían tenido pero que se asusta al mismo tiempo al observar que estas figuras están impregnadas de muerte: figuras humanas que pierden la vida, que se petrifican, para luego agrietarse y convertirse en ruinas. Tal como sucede en psicoterapia, este nuevo sentido va emergiendo a medida que Dalí se esfuerza en revivir lo que había visto en aquel cuadro de Millet. Dalí, mientras pintaba este cuadro no tenía conciencia (no lo podía pensar con palabras) de que estaba pintando la percepción que tuvo de niño de una pareja de padres que se deterioraba. De hecho, su madre entró en depresión con la muerte de Salvador I, y no salió de la misma hasta su muerte, cuando Salvador II tenía 18 años.

Al final de su vida, Dalí descubrió que en un primer momento el cuadro de Millet había representado el entierro de un niño pequeño en el campo. Los padres del niño muerto rezaban ante su ataúd. Ante la imposibilidad de encontrar comprador para un cuadro tan tétrico, Millet cubrió el ataúd con un cesto de patatas e intentó convertir aquel entierro en una bucólica escena de campesinos rezando el Ángelus. Pero el pequeño Dalí no cayó en el engaño. Luego el pintor-Dalí pintó decenas y decenas de veces lo que había visto en aquel cuadro. Y finalmente el viejo Dalí consiguió que el Louvre radiografiara el cuadro de Millet y constatará la presencia del ataúd.

CUARTA HISTORIA, contada por George Atwood

Una mujer de 24 años es arrestada por la policía cuando está intentando entrar por la fuerza en la casa de un famoso cantante de música country. Finalmente es ingresada en un hospital psiquiátrico. La casualidad hizo que un recién licenciado George Atwood estuviera

trabajando en aquel hospital. George y la supuesta esquizofrénica empezaron a hablar cada día durante semanas y semanas. Y de esta relación, larga y continuada, empezó a emerger un sentido completamente nuevo, incluso para la misma joven, de su impulso a reunirse con la estrella de música country. He aquí la historia que emergió (Atwood, 2015):

Había crecido desde pequeña en un infierno de violentas peleas entre sus padres. Aquella niña aterrorizada se convirtió en una brillante estudiante, impulsada por su urgente necesidad de poder ofrecer a sus padres un motivo de alegría que les diera un poco de paz: este era el único sentido que tenía su vida. Al llegar a la adolescencia la joven empezó a vivir una doble vida: por un lado era la hija perfecta y brillante académicamente; pero por el otro lado empezó a sentir insoportables vivencias de soledad y de abandono, sin que nadie a su alrededor pudiera percibir y mucho menos validar su devastación. Y entonces se produjo el milagro: escuchando las canciones del músico country que contaban historias de pérdida y alienación, de corazones rotos y de soledades terribles... pudo reconocer sus propias experiencias convertidas en música. Finalmente había encontrado, por primera vez en su vida, una alma gemela que podía reconocer lo que ella siempre había sentido en la soledad más atroz. Durante años aquellas canciones fueron la compañía que consolaba a la chica triste y desolada que se escondía detrás de la estudiante exitosa. La catástrofe se precipitó cuando desarrolló la firme convicción de que existía una poderosa conexión telepática entre ella y el compositor de aquellas músicas tan increíblemente afines con la esencia de su ser. Y la joven corrió a buscar una conexión física con su alma gemela. Final de la historia.

La música sabe

Slavin nos ha contado la historia de su paciente Ethan, que cuando no se sentía entendido en las sesiones, buscaba en la música la conexión que no encontraba con su terapeuta. *The music knows*, decía Ethan. Tanto nuestra joven heroína de la historia de Atwood como el mismo Ethan encontraron músicas que les suministraron la vivencia de conexión que tanto habían encontrado a faltar en sus experiencias relacionales. Dalí encontró en la pintura su manera de poder vivenciar sus experiencias de insignificancia ante unos

padres petrificados por la depresión. Cada vez que alguien miraba sus cuadros y se conmovía, Dalí se sentía entendido, y por tanto se sentía alguien menos insignificante. “Mis cuadros conocen lo que yo siento” nos podría decir Dalí, “y los demás me pueden conocer a través de mis cuadros”. Y la protagonista de la historia que os acabo de contar se tropezó con unas músicas que le permitieron sentir que lo que ella sentía era real, y que además otros humanos también lo sentían. Luego se encontró a Atwood, que se sentó a su lado, día tras día, semana tras semana, sin entender nada, soportando su ignorancia, sin necesitar llenar esta ignorancia con diagnósticos tranquilizadores, hasta que poco a poco, muy lentamente, fue emergiendo esta historia tan conmovedora.

QUINTA HISTORIA, contada por Manuel Baixauli

Para finalizar esta presentación aquí en Valencia, quiero contaros una historia de Manuel Baixauli (2010), uno de los grandes escritores contemporáneos en lengua Valenciana.

Brindis

Nit de Nadal. En el punt de màxima eufòria, mentre els qui componem la família fem xocar les copes de cava, pense en el passat. Evoque aquella taula amb la presència dels meus avis, ara absents, i amb les absències dels meus nebots, avui principals protagonistes. No s’han pogut conèixer, entre ells. Pense també en el futur, imagine el meu destí i el dels presents en passar vint, cinquanta, cent quinze anys. Imagine les successives desaparicions, qui sap en quin ordre, l’envelliment dels ara infants, l’aparició de noves criatures... Cicle de la vida. La imatge de les nostres tombes degradades pels anys se’m fa insuportable. A fora, en el gèlid carrer, plou sense força però amb obstinació; tot convida a l’ebrietat càlida de la taula. Ara mateix plou sobre les tombes dels meus avis, que poquíssimes voltes recorde, ombres fugaces, subtils, que el present s’afanya a expulsar; però també plou sobre les tombes dels seus pares i dels seus avis, que ningú recorda. Així com les gotes repetides de pluja, les hores esborraran l’empremta dels qui un dia fórem. Em traeix una llàgrima. La meua dona ho veu i somriu: la creu símptoma de felicitat. No puc evitar la imatge de la seua tomba sota la pluja, oblidada pel món, en una nit de Nadal, mentre els seus besnéts brinden ebris pel futur.

Brindis (traducción al castellano)

Noche de Navidad. En el punto de máxima euforia, mientras los que componemos la familia hacemos chocar las copas de cava, pienso en el pasado. Evoco aquella mesa con la presencia de mis abuelos, ahora ausentes, y con la ausencia de mis sobrinos, que hoy son los protagonistas principales. No se han podido conocer entre ellos. Pienso también en el futuro, imagino mi destino y el de los aquí presentes cuando pasen veinte, cincuenta, ciento quince años. Imagino las sucesivas desapariciones, quien sabe en qué orden, el envejecimiento de los que ahora son niños, la aparición de nuevas criaturas... Ciclo de la vida. La imagen de nuestras tumbas degradadas por los años se me hace insoportable. Fuera, en la calle gélida, llueve sin fuerza pero con obstinación; todo invita a la ebriedad cálida de la mesa. Ahora mismo llueve sobre las tumbas de mis abuelos, a los que recuerdo poquísimas veces, sombras fugaces, sutiles, que el presente se apresura a expulsar; pero también llueve sobre las tumbas de sus padres y de sus abuelos, a los que nadie recuerda. Así como las gotas repetidas de lluvia, las horas borrarán la huella de los que un día fuimos. Una lágrima me traiciona. Mi mujer lo ve y sonrío: piensa que es un síntoma de felicidad. No puedo evitar la imagen de su tumba bajo la lluvia, olvidada por el mundo, en una noche de Navidad, mientras sus bisnietos brindan ebrios por el futuro.

En esta historia Baixauli y su esposa representan las dos caras de la misma moneda, las dos caras de la historia que nos ha contado Slavin. Ella, sumergida en el ritual de la celebración navideña, sigue a aquellos antepasados que se sumergían en las músicas y colores de las cuevas para adquirir la convicción emocional de que la vida, dentro de la familia y el grupo social, vale la pena de ser vivida. Baixauli, en cambio, representa a aquellos antepasados que al adquirir las capacidades cognitivas que les permitían anticipar el futuro se encontraron con el sinsentido de vivir una vida para morir.

REFERENCIAS

- Atwood, G.E. (2015). Credo and reflections. *Psychoanalytic Dialogues*, 25:2, 137-152.
- Baixauli, M. (2010). *Espiral*. Barcelona: Ed. Proa.
- Dalí, S. (1967). *El mito trágico de "El Ángelus" de Millet*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Hoffman, I. Z. (1998). *Ritual and spontaneity in the psychoanalytic process*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.

Original recibido con fecha: 1-10-2015 Revisado: 23-10-2015 Aceptado para publicación: 30-10-2015